

Revelación y conversión



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

Revelación y conversión

Nº 2870

Sermón predicado la noche del Domingo 23 de Enero de 1876 por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres, (y publicado el Jueves 11 de Febrero de 1904).

“La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma”. — Salmo 19: 7.

Cuando David habló de “la ley de Jehová”, no se refería meramente a la ley tal como fue dada en los diez mandamientos, aunque esa ley es también perfecta, y es usada, en cierta medida, en la conversión de las almas. El término incluye la doctrina íntegra de Dios, la totalidad de la revelación divina. Aunque en el tiempo de David no existía una revelación tan plena y tan clara como la que tenemos ahora, pues el Nuevo Testamento no había sido dado entonces, ni tampoco gran parte del Antiguo Testamento, con todo, el texto no ha perdido nada de su vigor anterior, sino que más bien ha ganado más. Entonces voy a utilizarlo como si fuera aplicable a todas las Escrituras —a la ley y al Evangelio— y a todo lo que Dios ha revelado; y hablando de la ley en ese sentido, puedo decir verdaderamente que es perfecta, y que convierte el alma.

Un árbol es conocido por sus frutos, y un libro debe ser probado por sus efectos. Hay algunos libros que dan su fruto para el verdugo y el calabozo, y esos libros son difundidos muy ampliamente hoy en día. A menudo son embellecidos con grabados, y son puestos en manos de muchachos y muchachas, y una cosecha de criminales es constantemente el resultado de su publicación y de su circulación. Se han escrito libros que han propagado el contagio moral a lo largo de los siglos. No necesito mencionarlos, pero si fuese posible juntarlos a todos ellos en un solo montón y quemarlos, así como los efesios quemaron sus libros de magia, sería una de las mayores bendiciones concebibles. Con todo, si se hiciera eso, me temo que otros cerebros perversos se pondrían a trabajar para elucubrar blasfemias

similares, y se encontrarían otras manos que difundieran esas viles producciones.

La Palabra de Dios debe ser probada, como otros libros, por el efecto que produce; y yo voy a hablar sobre uno de sus efectos, del que muchos de los aquí presentes podemos dar un testimonio personal. El antiguo proverbio reza: “Habla con fundamentos”; y yo voy a hablar de la Biblia según la he descubierto y voy a elogiar al puente que me ha permitido atravesar cada dificultad hasta ahora, y que también ha permitido que lo hagan muchos de ustedes. Nosotros sabemos que la ley del Señor es buena porque convierte el alma; y, para nuestra mente, la mejor prueba de su pureza y poder es que ha convertido a nuestra alma.

Mi primer objetivo será mostrar cómo la Palabra de Dios convierte el alma; luego será mostrar la excelencia de la obra de conversión; y, por tanto, en tercer lugar, la excelencia de ese Libro que produce conversión.

I. Primero, entonces, he de mostrar CÓMO LA PALABRA DE DIOS CONVIERTE EL ALMA.

El hombre tiene puesta su mirada lejos de su Hacedor. Desde el fatal día en que nuestros primeros padres quebrantaron la ley de Dios, todos nosotros hemos sido culpables del mismo grave crimen. Somos seres que le dan la espalda a la luz, y vamos cuesta abajo en el camino que conduce a la destrucción. Lo que necesitamos es que se nos haga girar en sentido contrario, pues ese es el significado de la palabra “conversión”: dar la media vuelta. Necesitamos oír la orden: “Media vuelta a la derecha”, y marchar en la dirección opuesta al sentido que antes llevábamos. Nuestro texto dice, ciertamente, que la Palabra de Dios nos hace volvernos en la dirección contraria. No quiere decir que la Palabra sola haga eso aparte del Espíritu de Dios, porque un hombre puede leer la Biblia de principio a fin cincuenta veces, y, durante cincuenta años puede oír sermones que han procedido de la Biblia, y con todo, nunca lo harán arrepentirse a menos que el Espíritu de Dios haga uso de la Palabra de Dios o de los sermones del predicador. Pero cuando el Espíritu de Dios va con la Palabra, entonces la Palabra se convierte en el instrumento de la conversión de las almas de los hombres.

Es así como es llevada a cabo la obra de la conversión: primero, es por las Escrituras de la verdad que los hombres son conducidos a ver que están en el error. Hay millones y millones de hombres en el mundo que van por el camino errado, y, sin embargo, ellos no lo saben; y hay decenas de miles que creen que incluso sirven a Dios, cuando más bien se están oponiendo completamente a Él. Hay algunos que, hasta donde está en su poder, aún matan a Cristo, pero no saben lo que hacen. Una de las súplicas que nuestro Salvador elevó en la cruz fue: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Refiriéndome a mi propio caso, sé que, durante años, yo no estaba consciente de haber cometido ningún pecado grave. Por la gracia restrictiva de Dios, yo había sido guardado de inmoralidades externas y de transgresiones escandalosas, y, por tanto, pensaba que andaba muy bien. ¿Acaso no oraba? ¿Acaso no asistía a un lugar de adoración? ¿Acaso no actuaba debidamente para con mis semejantes? ¿Acaso no tenía, a semejanza de un niño, una tierna conciencia? Me parecía, durante un tiempo, que todo marchaba bien; y, tal vez, me esté dirigiendo a alguien más que diga: “Bien, si no estoy bien, me pregunto quién pudiera estarlo; y si me he equivocado, ¿cómo se estarán equivocando mis vecinos?” ¡Ah, esa es a menudo nuestra manera de hablar! Mientras estemos ciegos, no podremos ver nuestras fallas; pero cuando el Espíritu de Dios viene a nosotros y nos revela la ley de Dios, entonces percibimos que hemos quebrantado la totalidad de los diez mandamientos, en su espíritu si no es que en su letra. Incluso el más casto de los hombres haría bien en temblar al recordar esa escrutadora palabra de Cristo: “Cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón”. Cuando ustedes comprenden que los mandamientos de Dios no sólo prohíben acciones indebidas, sino también los deseos y las imaginaciones y los pensamientos del corazón, y que, por consiguiente, un hombre puede cometer asesinato mientras está acostado en su cama, y puede robar a su vecino sin tocar un centavo de su dinero o sin tocar sus bienes; que puede blasfemar a Dios aunque no haya expresado nunca un juramento, y que puede quebrantar todos los mandamientos de la ley, del primero al último, antes de que se ponga sus ropas en la mañana; cuando se ponen a examinar su vida bajo esa luz, verán que están en una condición muy diferente de la que consideraban que estaban. Piensen, por ejemplo, en esa solemne declaración de nuestro Señor: “Yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio”. El Espíritu de Dios aclara muy bien

verdades como esas por medio de la Palabra y hace que el hombre comprenda que está en el error y en peligro: y eso es el principio de su conversión. Tú no puedes hacer que un hombre cambie de dirección en tanto que crea que va en el camino correcto. Mientras tenga esa idea en la cabeza, sigue adelante, marchando, según lo supone, seguramente; así que lo primero que debe hacerse con él es hacerle ver que hay un terrible precipicio justo enfrente suyo, en el cual caerá irremisiblemente si sigue en el mismo rumbo que lleva. Cuando se da cuenta de eso, se detiene, y reconsidera su posición.

Entonces, enseguida, la Palabra de Dios interviene para suprimir todos los intentos del hombre de dar rodeos por caminos equivocados. Cuando un hombre sabe que va por un mal camino, su instinto debería conducirlo a buscar enderezarlo; pero, desdichadamente, muchas personas tratan de enderezar su camino metiéndose en otra dirección equivocada.

Un buen hombre me envió el otro día un volumen de sus poemas. Tan pronto como lo abrí vi una línea de un verso que era demasiado corta, y el buen hermano sentía que evidentemente lo era, pues trató de arreglar el asunto alargando demasiado la siguiente línea, lo cual, como pueden ver de inmediato, generó dos fallas en vez de una.

De igual manera descubrirán que algunos que van en un sentido equivocado con respecto a sus prójimos, a menudo se vuelven muy supersticiosos, y se adentran muchísimo más en otras direcciones diferentes de la que Dios les pide que sigan, y así, prácticamente, construyen una larga línea hacia Dios para compensar la corta línea que los separa de los hombres, y entonces cometen dos errores en lugar de uno.

He ahí una oveja que se ha descarriado; se ha desviado tanto yendo hacia el este, que, para rectificar su desvío, trata de cubrir una distancia similar hacia el oeste; y si fuera convencida de que va por el camino errado, todo lo que hace es descarriarse en una igual distancia hacia el norte; y muy pronto, se dirige hacia el sur. Todo el tiempo se está descarriando por una ruta diferente con la intención de regresar al redil; y, en ese sentido, los pecadores son tan necios como esa oveja.

Ahora, la Palabra de Dios le dice al hombre que por las obras de la ley no puede ser justificado; le dice que su corazón está corrompido, que él mismo ya está condenado, que está encerrado bajo condenación por haber quebrantado la ley de Dios, y le indica que, sin importar lo que haga o cuánto se esfuerce, si no busca la salvación a la manera de Dios, sólo empeorará las cosas y será como un hombre que se está ahogando, que se hunde más rápido entre más se esfuerza por salir. Cuando la Palabra de Dios le muestra eso al hombre, y le hace sentir como si estuviera desesperado, desamparado, encerrado en la celda del condenado, ha hecho mucho para hacerlo dar la media vuelta.

Lo siguiente que hace la Palabra de Dios es mostrar al hombre cómo puede enderezar su curso. Y, ¡oh, cuán perfectamente le muestra eso! Viene al hombre, y le dice: “Tu pecado merece castigo. Dios ha cumplido ese castigo en Su unigénito Hijo y, por tanto, está dispuesto a perdonarte gratuitamente por causa de Cristo, no por algo bueno que haya en ti, o algo que pudieras hacer jamás, sino enteramente por Su misericordia inmerecida. Él te pide que te confíes en las manos de Jesús para salvarte”. Ven, entonces, y confía en lo que Cristo ha hecho y sigue haciendo todavía por ti, y cree en la misericordia de Dios en Cristo Jesús para todo aquel que confía en Él. ¡Oh, cuán claramente expone a Cristo ante nosotros la Palabra de Dios! Es un tipo de espejo en el que Él es revelado. Cristo mismo está arriba en el cielo, y el pobre pecador, aquí abajo en la tierra, no puede verlo sin importar cuánto tiempo mire; pero esta Palabra del Señor es como un espejo gigante, es mejor incluso que el mar de fundición de Salomón; y Jesucristo baja la mirada a ese espejo, y entonces, si ustedes y yo nos acercamos y miramos en él, podemos ver el reflejo de Su rostro. Bendito sea Su santo nombre porque es cierto lo que canta el doctor Watts:

Aquí contemplo el rostro de mi Salvador
Casi en cada página.

Casi no hay ni un solo capítulo en que Cristo no sea expuesto, más o menos claramente, como el Salvador de los pecadores. Así que ustedes pueden ver que la Palabra de Dios le muestra al hombre que anda mal, lo aparta de los caminos errados en los que él mismo procura enderezarse, y

luego lo pone en el camino que lo rectifica, es decir, en el camino de la fe en Jesús.

Pero la Palabra del Señor hace algo más que eso. En el poder del Espíritu Santo, le ayuda al hombre a creer, pues, al principio está muy perplejo ante la idea de una salvación gratuita, es decir, de un perdón instantáneo, de la anulación de todos los pecados a cambio de nada, de un perdón otorgado gratuitamente a los peores y a los más viles seres, de un perdón otorgado de inmediato. El hombre dice: “En verdad es demasiado bueno para ser cierto”. Está lleno de asombro, pues los pensamientos de Dios están tan por encima de él y tan fuera de su alcance como los cielos son más altos que la tierra. Entonces viene a él la Palabra, y le dice: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”. La Palabra le dice también: “Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres”. La Palabra dice: “Para siempre es su misericordia”. “Se deleita en misericordia”. “Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados”. No necesito continuar repitiendo unos textos con los que espero que muchos de ustedes estén ampliamente familiarizados. Hay un gran número de ellos que son preciosas promesas, agraciadas invitaciones y consoladoras doctrinas; y, cuando el pecador los lee con mirada trémula, el Espíritu de Dios los aplica a su alma, y entonces dice: “puedo creer y creo en verdad en Jesús. Señor, yo acepto alegremente Tu misericordia perdonadora. Yo miro a Aquel que fue clavado a la cruz, y encuentro en Él la cura de la mordedura de la serpiente del pecado. Yo creo y creeré en Jesús, y confiaré mi alma a Él”. Es así como la Palabra de Dios convierte el alma, ayudando al hombre a creer en Jesús.

Y habiendo hecho eso, el hombre es convertido, pues cuando un hombre mira únicamente a Cristo, vuelve su rostro hacia Dios. Ahora tiene confianza en Dios y de ella brota el amor a Dios, y ahora desea agradar a Dios porque ha sido supremamente clemente proveyéndole al Salvador. El hombre ha sido inducido a dar la media vuelta; de rebelarse en contra de Dios ha llegado a sentir una intensa gratitud por su Redentor, y busca vivir para la gloria de Dios como jamás habría pensado hacerlo antes.

Yo les pregunto, a ustedes, que son el pueblo de Dios, si no han sentido desde su conversión el poder de la Palabra de Dios al sustentarlos en su condición convertida. ¿No sienten a menudo, cuando oyen la predicación del Evangelio, que su corazón se torna cálido dentro de ustedes? Hace algún tiempo, cuando viajé al extranjero para unas vacaciones de una semana, me encontraba bastante turbado por muchas cosas. Durante un largo tiempo había estado predicando a otros, y pensé que me gustaría sentir el poder de la Palabra oyéndola yo mismo. Acudí a una pequeña capilla en el campo, y allí oí a un hermano laico —creo que debe de haber sido un ingeniero— predicar un sermón. No era un sermón grandioso, excepto que estaba lleno de Cristo; y conforme lo escuchaba, mis lágrimas comenzaron a rodar. Yo desearía algunas veces que algunos de ustedes, hermanos míos, predicaran y me permitieran tomar mi turno para oír. Bien, en aquella ocasión, mi alma se derretió al oír el Evangelio proclamado tan sencillamente, y pensé: “Después de todo, en verdad, siento su poder; siento, en verdad, su dulzura”; pues, mientras lo escuchaba, mi corazón desbordaba de gozo y deleite, y sólo podía estar quietamente sentado y llorar oyendo la simple historia de la cruz.

¿Y no han descubierto ustedes, amados, que sucede así en su experiencia, al estar leyendo la Palabra del Señor? Si alguna vez se vuelven insensibles a las cosas de Dios, no es la Biblia la que los ha vuelto así. Si su corazón se torna frío alguna vez, no son las promesas de Dios las que los han enfriado. Si alguna vez no pudieran cantar, y no pudieran orar, no es el acto de escudriñar las Escrituras el que los ha conducido a esa condición; y si alguna vez tienen la desdicha de oír un sermón que petrifica su vida espiritual, estoy muy seguro de que ese sermón no está en armonía con la mente de Dios ni es acorde con la enseñanza de la Palabra de Dios. Pero cuando oyen que el Evangelio es predicado íntegra y fielmente, si su corazón es del todo capaz de sentir su poder, entonces los despierta y produce en ustedes emociones santas: amor a Dios, amor a sus semejantes, examen del corazón, profunda humillación, ardiente celo y todas las gracias cristianas en pleno ejercicio. La Palabra de Dios es perfecta, y su efecto es restaurar y revivir continuamente el alma del cristiano.

Esta ha sido para mí una de las grandes evidencias de la verdad de la inspiración. Estando solo en la noche, y mirando a lo alto, a la bóveda

estrellada del cielo, me he preguntado: “¿Es realmente verdadero este Evangelio en el que he creído y que he predicado a otros durante tantos años?” Estando absolutamente seguro de que hay un Dios —pues nadie sino un necio podría dudarlo— he dicho: “Bien, este Evangelio me ha conducido a amar a Dios. Yo sé que lo amo con todo mi corazón y con toda mi alma. Y cuantas veces ejerce su poder legítimo sobre mí, me induce a intentar agradarle. Siempre que estoy bajo su influencia, me hace odiar toda maldad, toda mezquindad y toda falsedad. Ahora, sería algo muy extraño que una mentira condujera a un hombre a actuar de esa manera, así que tiene que ser verdadero”. El efecto moral de la Palabra de Dios en la propia naturaleza de uno, cada día, se convierte, en ausencia de toda otra prueba —aun si no tuviéramos ninguna otra— en la mejor y más segura evidencia para el hombre de que “la ley de Jehová es perfecta”, pues convierte el alma.

Escuché una vez una encantadora historia sobre Robert Hall —el más poderoso de nuestros oradores bautistas— y tal vez uno de los más grandes y elocuentes ministros que haya vivido jamás. Él estaba sujeto a ataques de terrible depresión de ánimo; y, una noche, cuando se dirigía hacia un cierto lugar adonde iba a predicar, tuvo que detenerse por causa de una fuerte nevada. Había tal cantidad de nieve que se vio obligado a pasar la noche en la casa de la granja donde había tenido que detenerse. Pero tendría que predicar —decía— tenía listo su discurso y tendría que predicarlo. De tal forma que tuvieron que reunir a los sirvientes, y a la gente de la granja, y el señor Hall predicó el sermón que tenía preparado, un sermón demasiado maravilloso para ser predicado en la sala de la casa de una granja, y después que todas las personas se marcharon, se sentó junto a la chimenea con el buen hombre de la casa —un granjero sencillo— y el señor Hall le preguntó: “Ahora dígame, señor Fulano de Tal, ¿cuál piensa usted que sea una evidencia segura de que un hombre sea un hijo de Dios? A veces me temo que no soy un hijo”.

“¡Oh!”, —le respondió el granjero— “mi querido señor Hall, ¿cómo puede usted hablar así?”

“Bien, ¿cuál piensa usted que es la mejor evidencia de que un hombre es realmente un hijo de Dios?”

“¡Oh!”, —replicó el granjero— “estoy seguro de que si un hombre ama a Dios, quiere decir que realmente lo es”.

“Entonces”, —dijo el granjero continuando con la historia— “deberían haberlo oído hablar. Dijo: ‘¿Amar a Dios, amigo? ¿Amar a Dios? Aunque yo estuviera condenado, todavía lo amaría. ¡Él es un Ser tan bendito, tan santo, tan veraz, tan clemente, tan amable, tan justo!’ Prosiguió durante una hora alabando a Dios, y las lágrimas rodaban por sus mejillas mientras seguía diciendo: ‘¡Amarlo! No podría evitar amarlo; tengo que amarlo. Sin importar lo que me haga, tengo que amarlo’”.

Ahora bien, yo he sentido precisamente eso algunas veces, y entonces me he dicho a mí mismo: “¿Qué me hizo amar así al Señor? Pues bien, lo que he leído acerca de Él en este bendito Libro y lo que creo que Él ha hecho por mí en la persona de Su amado Hijo; y eso que me conduce al estado de amarlo con todo mi ser, tiene que ser algo correcto y verdadero”.

La Palabra de Dios es perfecta y convierte el alma. Entre más vivan y entre más la prueben y la comprueben confirmarán que así es. Cuando se descarrían es porque se apartan de la Palabra de Dios; y en la medida en que sean conservados en el camino debido, es porque están sorbiendo la preciosa verdad concerniente a Jesús según es revelada en la Biblia. Este es el único Libro perfecto en el mundo, y los hará también perfectos si quisieran someterse a su agraciada influencia. Sólo sométanse a él, y un día se volverán perfectos, y serán llevados a lo alto a morar donde el Dios perfecto, que escribió el Libro perfecto, les revelará la perfección de la bienaventuranza por los siglos de los siglos. ¡Que Dios les conceda, amados hermanos y hermanas, conocer el poder de este Libro transformador!

Si alguno de ustedes se ha rebelado, yo oro pidiendo que este mismo Libro bendito lo traiga de regreso. Recibí una carta el otro día procedente de una región remota de América, que hizo bien a mi corazón. Era de un hombre que fue uno de mis primeros convertidos en la Capilla de New Park Street. Había sido durante varios años un miembro de la iglesia, pero se enfrió, y dejó de asistir a los medios de la gracia y, por fin, tuvo que ser excomulgado de la iglesia. Se marchó a América; y allá, estando lejos, comenzó a examinarse, y el Espíritu de Dios le hizo entender de corazón los viejos textos que solía escuchar. Me escribe que fue inducido a caer de

rodillas y ahora está activamente involucrado en el servicio de Dios, esforzándose por traer a otros rebeldes y pecadores al Señor Jesucristo. Rebelde, la Palabra de Dios es la que te ha de restaurar; yo espero que lo haga en este preciso instante, y que pronto vendrás a nosotros y dirás: “recíbanme en la iglesia de nuevo, pues el Señor ha restaurado mi comunión con Él a través de Su bendita Palabra”.

II. Tengo que ser muy breve en la segunda parte de mi tema, que es, LA EXCELENCIA DE ESTA OBRA DE CONVERSIÓN. Ese es un tema ilimitado, pero debo contentarme con hacer referencia a unos cuantos puntos de esa excelencia.

Cuando la Palabra de Dios convierte a un hombre, le quita su desesperación, pero no le suprime su arrepentimiento. No piensa ahora que su pecado lo arrojará al infierno, pero no piensa por ello que su pecado es algo trivial. Odia al pecado tanto como si temiera que habría de destruirlo para siempre. Este es un grandioso tipo de conversión: que el hombre que había estado sumido en la desesperación por causa de su pecado, sea conducido a saber que su pecado es perdonado, y, sin embargo, que no sea conducido a trivializar ni a manosear al pecado. Por fe ve las heridas de Jesús, y sabe cuánto se desangró Cristo para liberarlo de la servidumbre del pecado, y eso lo lleva a odiarlo para siempre. ¿No es esa, acaso, una excelente conversión?

La verdadera conversión también le da al hombre el perdón pero no lo hace presuntuoso. Su transgresión pasada le ha sido perdonada, pero no por eso dice: “Iré y transgrediré de la misma manera de nuevo. Si el perdón es obtenido tan fácilmente, ¿por qué no habría de pecar?” Ningún hombre verdaderamente convertido habló así jamás; o, si algún pensamiento se le hubiere ocurrido, debe de haber dicho de inmediato: “¡Quítate de delante de mí, Satanás!, porque no pones la mira en las cosas de Dios”, pues aquellas expresiones serían diabólicas. “¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera”. Aunque el hombre es perdonado, odia al pecado así como el niño que se ha quemado odia al fuego. Tiene miedo de que, por algún paso inadvertido, pudiera ofender al Señor, quien ha borrado el pasado.

Además, la verdadera conversión le da al hombre un perfecto descanso, pero no detiene su progreso. Él sabe que la obra que le ha salvado es la obra consumada del Señor Jesucristo, y que no tiene que agregar ni siquiera un hilo al manto de justicia que le ha sido entregado; sin embargo, desea crecer en la gracia para volverse más y más santo, más semejante al Dios y Señor. A la vez que descansa perfectamente en Cristo, extiende las alas de su alma para poder volar más y más alto hacia su Dios y Señor.

Además, la verdadera conversión le da seguridad al hombre, pero no le permite dejar de ser vigilante. Él sabe que está a salvo, y que no perecerá nunca, y que nadie lo puede arrebatarse de las manos de Cristo; pero siempre está vigilando contra cualquier enemigo, contra el mundo, la carne y el demonio. Uno de nuestros escritores de himnos expresa dulcemente esta doble verdad:

No tenemos ningún miedo de que pudieras perder
A ninguno de los que el eterno amor eligió;
Pero nunca abusaríamos de esa gracia;
No debemos caer. No debemos caer.

La verdadera conversión también proporciona al hombre fortaleza y santidad, pero nunca le permite jactarse. Se gloria, pero se gloria únicamente en el Señor. Sabe que un gran cambio ha sido obrado en él, pero ve todavía tantas imperfecciones propias que se lamenta por ellas delante del Señor. No tiene tiempo de jactarse porque todo su tiempo ha sido absorbido en el arrepentimiento de sus pecados, en la fe en su Salvador y en buscar vivir para la alabanza y gloria de Dios.

La verdadera conversión, de igual manera, da una armonía a todos los deberes de la vida cristiana. Hace que un hombre ame más a su Dios, y ame más a sus semejantes. No me merece una buena opinión esa religión que consiste en la así llamada ‘profesión de religión’ que hace que una joven mujer deje a su padre y a su madre, y a toda su familia, y vaya y se encierre en un convento, o se convierta en una hermana de la miseria de algún tipo o de otro. Si mi hijo, cuando dice que es convertido, dejara de amar a su padre, yo tendría serias dudas acerca de su conversión; pienso que ha de ser una conversión obrada por el diablo, no por Dios. Pero siempre que hay un verdadero amor a Dios, con seguridad ha de haber también amor a nuestros

semejantes. El mismo Dios que escribió en una tabla ciertos mandamientos en relación a Sí mismo, escribió en la otra tabla los mandamientos relacionados con nuestros semejantes. “Amarás a Jehová tu Dios”, es ciertamente un mandamiento divino; y lo mismo es el otro mandamiento: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. La verdadera conversión equilibra todos los deberes, las emociones, las esperanzas y las dichas.

La verdadera conversión induce al hombre a vivir para Dios. Hace todo para la gloria de Dios, ya sea que coma, o beba o haga cualquier otra cosa. La verdadera conversión induce al hombre a vivir delante de Dios. Solía tratar de imaginarse que Dios no lo veía; pero, ahora, desea vivir como delante de los ojos de Dios en todo momento, y le alegra estar allí, alegre incluso de que Dios vea sus pecados, para que los borre tan pronto como los contempla. Y ese hombre llega ahora a vivir con Dios. Goza de una bendita comunión con Él; habla con Él como un hombre habla con su amigo; y, en breve, morará con Dios a lo largo de toda la eternidad, en el palacio en lo alto. Esto debería convencerte de cuán excelente cosa es la conversión verdadera y real.

III. No tengo necesidad de decir mucho, en tercer lugar, concerniente a LA CONSIGUIENTE EXCELENCIA DE LA PALABRA DE DIOS. La ley del Señor que cumple una tan excelente obra, tiene que ser, ella misma, excelente. Por tanto, sólo voy a hacer uno o dos breves comentarios, y luego voy a concluir.

“La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma”, de inmediato, desde el inicio de la conversión hasta el fin. Siempre que queramos ver conversiones —y yo espero que sea siempre— lo mejor que podemos hacer es “predicar la Palabra”. No hay nada mejor; no puede haber nada más; no ha de haber nada menos. No me sorprende que, en algunas iglesias y capillas, no haya conversiones, porque los sermones que son predicados allí no están adaptados para ese fin. Son como un libro del que hice una reseña el otro día, del cual dije que había, posiblemente, una sola persona en el mundo que lo entendía, y ese era el propio escritor del libro, y que, si él no lo leía de principio a fin cada mañana, ciertamente no sabría, al día siguiente, qué era lo que había querido decir. De alguna manera semejante a esa hay sermones que son tan enredados, desconcertantes, metafísicos y no

sé qué otras cosas más, que no veo cómo pudiera ser convertida algún alma por su medio. La gente necesita tener un diccionario en el reclinatorio en vez de una Biblia; no necesitan buscar ninguna referencia bíblica, antes bien, necesitan que alguien les explique el significado de las palabras difíciles que el predicador gusta tanto de usar. ¿Acaso no he leído sermones que estaban altamente pulidos, y que, me atrevo a decir, fueron precedidos por una oración para que Dios convirtiera a las almas por medio de ellos? Pero era moralmente imposible que el Señor hiciera algo semejante, a menos que Él revirtiera todos sus métodos usuales de procedimiento, pues no había nada en el sermón que pudiera haber sido utilizado como un medio para la conversión de un alma.

Pero, mi querido hermano, si tú predicas la Palabra de Dios, si levantas al Cristo crucificado sobre el asta del Evangelio, no necesitas ser muy especial acerca del estilo de tu plática. No necesitas decir: “Necesito ser un orador de primera clase; tengo que ser un retórico entrenado”. Yo creo que una buena cantidad de esas conferencias de primera clase son simplemente el medio de velar la cruz de Cristo, y esa fina plática acerca de Jesucristo es tal vez la última cosa que los pobres pecadores necesitan.

Estábamos sentados en torno a una mesa de un hotel en Mentone, una noche durante la cena, y yo quería hablarle a un amigo que estaba sentado justo frente a mí, pero alguien había puesto entre nosotros un bouquet de flores sumamente magnífico en un florero muy espléndido. Yo estaba agradecido de que esas flores florecieran en medio del invierno, y me agradaba verlas y olerlas; pero, al poco tiempo, las hice a un lado porque estaban bloqueando mi vista del rostro de mi amigo. Así, yo admiro el lenguaje exquisito y nadie lo goza más que yo en su lugar apropiado; incluso pienso que puedo manejarlo un poco si me propusiera intentarlo. Pero siempre que se interpone entre una pobre alma y Cristo, me gustaría decir: “Rompan ese florero en mil pedazos, arrojen esas flores al fuego; no las necesitamos allí, pues es preciso que el pobre pecador vea a Cristo”. La Palabra de Dios es la que convierte el alma; no nuestras preciosas figuras acerca de la Palabra; no es nuestra exquisita plática acerca de ella, sino la Palabra misma.

Entonces, queridos maestros, y queridos hermanos ministros, démosles la Palabra. Sí, esa es una funda muy hermosa, pero, si vas a pelear, tienes que deshacerte de ella; y no hay nada como la hoja desnuda, la espada del Espíritu, la Palabra de Dios, para cortar, y para tallar, y para hacer tajos, y matar, en un sentido espiritual; esa misma Palabra, por la gracia todopoderosa de Dios, hará que los hombres vivan de nuevo, así que tenemos que “predicar la Palabra” si queremos ver conversiones.

Hay otra cosa que siento que debo decirles. No debemos pensar que, para tener conversiones, es necesario dejar fuera alguna parte del Evangelio. Me temo que algunas personas piensan que, si te paras y gritas: “Crean, crean, crean, crean, crean, crean, crean”, convertirán a cualquier número de personas; pero no es así. Tienes que decirles a tus oyentes lo que tienen que creer; tienes que darles la Palabra de Dios, las doctrinas del Evangelio, pues la gente de la que se dice que es convertida sin ser instruida por medio de las Escrituras, muy pronto necesitará ser “convertida” de nuevo. Tienen que haber balas y proyectiles en nuestras armas si ha de haber una ejecución real; levantar un montón de pólvora y hacer un gran ruido podría sonar muy bien por un tiempo, pero no sirve de nada al final. Justo el mismo Evangelio —adaptado en cuanto a su tono y método— pero el mismo Evangelio que predico en este lugar, yo lo predicaría en una cocina de ladrones, o a los más pobres de los pobres, y a los más iletrados de la humanidad. Es el Evangelio, y sólo el Evangelio, el que convierte el alma.

Ahora, queridos amigos, ustedes que no son convertidos, mi palabra para concluir está dirigida a ustedes. Si realmente desean fortaleza, vida y salvación, las obtendrán oyendo la Palabra de Dios o leyendo este precioso Libro. “La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios”. La puerta del ojo no es usualmente el camino por el cual Emanuel cabalga a la ciudad de Almahumana. Alzar la hostia, las preciosas decoraciones de la casulla del sacerdote, el crucifijo, el vía crucis y todas las ridículas ceremonias de Roma no salvarán a nadie. Ese no es el camino de la salvación de Dios; mas Cristo viene a Almahumana a través de la ‘puerta del oído’. “Inclinad vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma”. Siempre que el Evangelio es predicado, querido oyente, escúchalo de verdad. Recuerda lo que dijo nuestro Señor Jesucristo: “El que tiene oídos para oír, oiga”.

Algunas personas no oyen. A menudo he estado agradecido por tener dos oídos cuando he oído hablar a algunas personas, porque, si bien su conversación entra por un oído, doy gracias a Dios porque puedo dejarla salir por el otro y así no me hace ningún daño. Pero si tú estás oyendo el Evangelio, preocúpate de no actuar así. Entonces deja que tus dos oídos sean tus dos entradas para la Palabra. No tengas un oído que sirva de entrada y otro de salida; antes bien “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría”. Deja que entre por tus dos oídos, y que permanezca en tu memoria hasta que llegue a tu corazón. Yo no creo que alguien sea un sincero y atento oyente ni que anhele oír para provecho de su alma, sin que oiga de esa manera cuando el Evangelio le es predicado. Tal como ya se los he dicho, la promesa es: “Oíd, y vivirá vuestra alma”; y si tú vienes con una mente dispuesta —dispuesta a juzgar, y a sopesar, y luego a creer la Palabra— en el instante en que la crees, eres salvo. Esa Palabra de Dios que te induce a creer, ya te ha convertido; entonces, da un paso al frente, y confiesa lo que Dios ha hecho por ti, y prosigue tu camino regocijándote. ¡Que Dios bendiga a cada uno de ustedes, sin una sola excepción, por Su nombre! Amén.

A handwritten signature in blue ink, appearing to read "C. H. Anderson". The signature is written in a cursive, flowing style with a blue-to-purple gradient.